DEL HADO

TRADUCIDO DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

Canónigo de la metropolitana de Granada.

DEL HADO.

(Falta el principio.)

I. Porque se refiere á las costumbres, que los Griegos llaman *ἥθος*, solemos llamar doctrina de las costumbres á esta parte de la filosofía; mas atendiendo al enriquecimiento de la lengua latina, puede denominársela moral. Necesario es explicar también la razón de las enunciaciones que los Griegos llaman *ἀξιώματα*, cuyo valor difícilmente puede apreciarse cuando tratan de lo futuro, de lo que puede ser ó no ser, siendo esto lo que los filósofos denominan *περὶ δυνατῶν*, perteneciendo completamente á la lógica, á la que llamo arte de raciocinar.

Una circunstancia casual me impide seguir en esta disertación sobre el Hado, el método que he seguido en los libros acerca de la Naturaleza de los Dioses y de la Adivinación, esto es, exponer las opiniones contrarias en todo su vigor y sin interrupción, para que cada cual pueda apreciar la que crea más probable y declararse por ella. Encontrábame en Puzzola al mismo tiempo que Hircio, cónsul designado, nuestro amigo íntimo, entregado entonces á los estudios en que nos hemos ocupado desde la niñez. Con frecuencia nos reaníamos, y deparíamos preferentemente

acerca de los medios para traer á la paz y concordia los ciudadanos. Había muerto César, y parecíanos descubrir por todos lados gérmenes de nuevas disensiones, y creíamos que debían apresurarse á sofocarlos, ocupando por completo este grave asunto casi todas nuestras conversaciones. De ello habíamos hablado muchas veces ya, cuando un día en que nos encontrábamos algo más libres y menos asediados por los ordinarios visitantes, vino á mí, y después de dedicar la primera parte de nuestra entrevista á la conversación diaria, á los asuntos de la paz y sosiego público

II. ¡Y bien! me dijo cuando terminamos, según espero no habrás abandonado los ejercicios oratorios, pero como los pospones sin duda á la filosofía, ¿podré oírte disertar sobre algún punto?—Dispuesto estoy, le contesté, á hablar ó á escucharte. Con razón supones que no he abandonado la oratoria, que ha redoblado tu ardor cuando ya eras tan fogoso; y además, los asuntos que actualmente me ocupan no son parte para debilitar, sino antes al contrario, para aumentar la elocuencia. Íntima relación encuentro entre el género de filosofía que cultivo y la oratoria: el orador toma de la Academia la sutileza y fuerza del pensamiento, devolviéndola en cambio la exuberancia y galanura del lenguaje. Creo poseer suficientemente los secretos de estas dos artes, y espero que me digas por cuál te decides hoy. — Nada más grato podías ofrecerme, dijo entonces Hircio, y en ello reconozco tu bondad, dispuesta siempre á satisfacer mis deseos. Pero como conozco tu elocuencia, de la que he gozado y aun gozaré muchas veces, mientras que las disertaciones Tusculanas acaban de demostrarme que has adoptado la costumbre de los Académicos de discutir y refutar cualquier proposición que se establezca, desearía proponerte un asunto, si no he de serte molesto. — ¿Podrá molestarme nunca nada que sea de tu agrado? le contesté. Pero ten en cuenta que vas á oír á un Romano que aborda con desconfianza estos difíciles ejercicios y que

hace mucho tiempo está separado de tales estudios.—Te escucharé disertando, contestó, como he leído tus escritos. Comienza, pues..... (*Aquí existe una laguna muy extensa.*)

III. Examinemos estos datos: en algunos, como el poeta Antipater, la influencia del solsticio de invierno en el nacimiento, la enfermedad común de dos hermanos, la orina, las uñas, y en otras señales del mismo género, encuéntrase cierta relación natural, que no niego, pero sin indicios de fuerza fatal: en los otros pueden ser fortuitos, como en las aventuras del náufrago, de Icadio y de Dafita. El mismo Posidonio (pido perdón al maestro) me parece que inventa algunos; porque no puedo ocultar que los hay indudablemente absurdos. ¿Cómo! si era el destino de Dafita caer del caballo y morir de la caída, ¿habrá de entenderse por caballo lo que solamente tenía de caballo el nombre? El oráculo advirtió á Filipo que desconfiase de una cuadriga; ¿debía entenderse esto de la cuadriga grabada en la empuñadura de la espada de su asesino? ¿Fué la empuñadura la que le mató? ¿Es cosa maravillosa que aquel náufrago cuyo nombre no se nos dice cayese en un arroyo? Y, sin embargo, el escritor dice que el oráculo lo había condenado á morir en el agua. No veo ningún decreto del Hado en la historia del bandido Icadio, ni Posidonio dice que se le predijese nada. ¿Qué tiene de extraño que se desprendiese una piedra de la bóveda de la caverna y le cayese sobre las piernas? Creo que aunque Icadio no se hubiese encontrado en la caverna, no habría dejado de caer la piedra; porque, ó nada es absolutamente fortuito, ó pudo ocurrir el desprendimiento por casualidad. Pregunto, pues (y esto alcanzará mucha extensión), si el Hado no tuviese influencia alguna, si no existiese, si ni siquiera tuviera nombre; si todos ó casi todos los acontecimientos ocurriesen por casualidad, fortuitamente y sin causa determinada, ¿ocurrirían de otra manera que ocurren hoy? ¿para qué acudir al Hado cuando, prescindiendo de él, pueden expli-

carse todas las cosas por la naturaleza ó por la casualidad?

IV. Pero abandonemos de buen grado y como es justo á Posidonio, y vengamos á los lazos de Crisippo. Primeramente refutaré la conexión de las cosas, y después examinaré lo demás. Vemos cuánta diferencia existe entre los climas de regiones diversas: unos son saludables, otros pestilentes; aquí se encuentran los temperamentos linfáticos y abundantes en humores; allá aridez y sequedad, y muchas más son todavía las diferencias entre las comarcas. En Atenas es tenue el aire, y créese que esto da tanto ingenio á los Atenienses; en Tebas es pesado, y los Tebanos son fuertes y robustos. Sin embargo, este aire tenue no llevará oyentes á Zenón, Arcesilao ó Teofraastro; ni aquel otro aire denso impulsará á un atleta á disputar la victoria en Nemea más bien que en los juegos Ístmicos. ¿Qué más? por mucho que discurras, ¿podrás demostrarme que la influencia del clima me lleva á pasear en el pórtico de Pompeyo con preferencia al campo? ¿contigo antes que con otro? ¿en los idus y no en las kalendas? La naturaleza de los lugares tiene influencia en algunas cosas, en otras ninguna: otro tanto acontece con la de los astros, y te concederé, si quieres, que se observan algunos efectos, pero que no se extiende á todo. Pero dice el filósofo: si los gustos y caracteres de los hombres presentan tanta variedad, agradando á unos lo dulce, á otros lo que amarga un poco; siendo éstos voluptuosos, iracundos, crueles, orgullosos; rechazando aquéllos naturalmente estos vicios, diferenciándose tanto un carácter de otro carácter, ¿no es natural atribuir estas diferencias á causas desemejantes?

V. Este razonamiento demuestra que Crisippo no comprende de qué se trata, ni en qué estriba la cuestión. Porque de que los hombres experimenten propensiones determinadas por causas naturales y preexistentes, no se deduce que causas semejantes determinen nuestros impulsos y voliciones. Si así fuese, no gozaríamos de

libertad. Confesamos desde luego que no depende de nosotros ser ingeniosos ni obtusos, débiles ó fuertes; pero el que quisiera deducir de esto que ni siquiera está en nuestro poder sentarnos ó pasear, demostraría que ignoraba lo que es deducir consecuencias. Porque si es cierto que causas naturales nos hacen ingeniosos ó rudos, fuertes ó débiles, no se dude en manera alguna que causas irresistibles nos lleven á pasear ó á sentarnos, y determinen previamente todas nuestras acciones. Stilpón, filósofo megárico, ingenioso y muy reputado en su época, fué, según escribieron sus mismos amigos, muy inclinado al vino y á las mujeres; y no hablan así para desacreditarle, sino que, antes al contrario, para alabarle; porque añaden que de tal manera había domado y subyugado su viciosa naturaleza por medio de la sabiduría, que jamás se vió en él vestigio alguno de embriaguez ó liviandad. ¿Qué más? ¿no conocemos el juicio que formó de Sócrates el fisonomista Zopyro, que pretendía conocer las costumbres y carácter de los hombres por la inspección del cuerpo, de los ojos, del rostro ó de la frente? Éste declaró que Sócrates era estúpido ó imbécil, porque no tenía la garganta cóncava, porque todos sus órganos eran robustos y cerrados: añadió también que era aficionado á mujeres, lo que, según dicen, hizo lanzar carcajadas á Alcibiades. Causas naturales pueden producir las inclinaciones viciosas; pero destruirlas y arrancarlas de raíz hasta el punto de que el ánimo en que antes dominaban quede por completo y perpetuamente libre de ellas, no es obra de la naturaleza, sino de la voluntad, de la energía y de constante disciplina, cosas todas que quedarían destruídas si se establece el imperio del Hado sobre la base de la adivinación.

VI. Si existe adivinación, ¿en qué observaciones ciertas descansa? Llamo observaciones ciertas á lo que los Griegos denominan θεωρήματα. No creo que sin preceptos pueda ningún artífice ejercer su arte, y menos aún los que

se dedican á la adivinación predecir lo futuro. Los astrólogos tienen ciertas reglas como esta: «El que nace al aparecer la Canícula no morirá en el mar.» Cuida mucho, Crisippo, de no perder tu pleito, que has de sostener contra los ataques del esforzado dialéctico Diodoro. Si es cierta esta premisa: «El que nace al aparecer la Canícula no morirá en el mar,» verdadero será también esto otro: «Si Fabio nació al aparecer la Canícula, no morirá en el mar.» Sería contradictorio, por consiguiente, decir: «Fabio nació al aparecer la Canícula, y Fabio morirá en el mar:» y como se supone como cierto que Fabio nació al aparecer la Canícula, también implicaría contradicción decir: «Fabio existe, y morirá en el mar.» Luego este último aserto: «Fabio existe, y morirá en el mar,» encierra contradicción é imposibilidad. Así, pues, cuando dices: «Fabio morirá en el mar,» aseguras un imposible. Luego es imposible todo lo falso que se dice de lo futuro.

VII. Pero esto, Crisippo, no lo admites de ningún modo, y sobre ello combate esforzadamente Diodoro. Según éste, sólo es posible lo que es verdadero actualmente ó ha de serlo en lo futuro; y sostiene que todo lo que ha de ser, será necesariamente, y que lo que no ha de existir, es imposible. Tú dices que lo que no ha de existir es, sin embargo, posible; que es posible, por ejemplo, romper esta joya, aunque no se haya de romper jamás; y sostienes que no era necesario que Císelo reinase en Corinto, aunque lo vaticinase mil años antes el oráculo de Apolo. Pero si asientes por completo á estas predicciones divinas, veráste obligado á confesar que todo lo que se dice de lo futuro, contrario á la verdad, es imposible; como si se dijese: «Scipión el Africano será dueño de Cartago;» y tendrás que conceder también que cuando se predice lo futuro como cierto, el acontecimiento sobrevendrá necesariamente. Pero en esto consiste el principio de Diodoro contrario al tuyo. Así, pues, si ha de conside-

rarse cierta esta premisa: «Si naces al aparecer la Canícula no morirás en el mar,» y si lo que se afirma en la primera parte es necesario (todo lo verdadero en el pasado es necesario; Crisippo lo concede, no obstante el diverso sentir de su maestro Cleanto; porque lo que ya ha existido es inmutable, y lo verdadero en el pasado no puede convertirse en falso); si pues lo que se afirma en la primera parte es necesario, la consecuencia es igualmente necesaria. Crisippo no admite esta necesidad en todos los casos. Sin embargo, si por causa natural no ha de morir Fabio en el mar, en el mar no puede morir Fabio.

VIII. Esto apura mucho á Crisippo, y sin duda acude á que los Caldeos y demás adivinos se engañan al emplear estos términos de proposición y que no deben decir: «El que nace al aparecer la Canícula no morirá en el mar,» sino más bien: «No hay quien habiendo nacido al aparecer la Canícula, deba morir en el mar.» ¡Oh jocoso atrevimiento! por no caer bajo Diodoro, enseña á los Caldeos cómo deben enunciar sus principios. Pero si los Caldeos habían de introducir en su lenguaje la negación absoluta de ciertas relaciones de cosas, en vez de afirmar absolutamente la relación de ciertas cosas, ¿por qué no habían de hacer otro tanto los médicos, los geómetras y los que se dedican á las demás artes? El médico, en primer lugar, no expresará en esta forma lo que debe á la experiencia de su arte: «Aquel cuyo pulso late de tal manera, tiene fiebre,» sino que dirá: «A nadie late de tal manera el pulso sin que tenga fiebre.» Tampoco podrá decir el geómetra: «Los círculos máximos de la esfera se cortan por la mitad,» sino: «No existen círculos máximos en la esfera que no se corten por la mitad.» ¿Existe alguna proposición que no pueda trasformarse de tal modo, que en vez de afirmar una conexión niegue una relación? Podemos enunciar una misma proposición de diferentes maneras. He dicho poco antes: «Los círculos máximos de la esfera se cortan por la

mitad;» puedo decir: «Si existen círculos máximos en la esfera;» ó bien: «Supuesto que existen círculos máximos en la esfera.» Muchas formas diferentes pueden darse á un enunciado, pero la más extraña es la que espera Crisippo agradará á los Caldeos en favor de los Estoicos. Pero ninguno de ellos habla de esa manera, porque es más difícil aprender esos giros de oración que observar el nacimiento y ocaso de los astros.

IX. Pero volvamos á la cuestión que llaman *περι δυνατῶν*, tan debatida por Diodoro, é investiguemos qué valor ha de atribuirse á lo posible. Sostiene Diodoro que solamente es posible lo verdadero en la actualidad ó en lo futuro. Asegurar esto es afirmar que no se realizará más que lo necesario, y que todo lo posible es real en el momento ó lo será en lo futuro; lo cual implica que no puede cambiarse lo que ha de ser, como no puede cambiarse lo que ha sido. La diferencia consiste en que se ve claramente la inmutabilidad de lo pasado, al paso que se cree siempre lo mismo con relación á lo futuro que no aparece á nuestros ojos. Si vemos un hombre atacado de enfermedad mortal, consideramos verdadero que «Aquel hombre morirá de aquella enfermedad;» y si con razón se dijese lo mismo de otro en quien no apareciese con tanta gravedad el mal, no por eso dejaría de sobrevenir con menos certeza la muerte. Cuando digo: «Scipión morirá,» aseguro una cosa que, si bien futura, no puede menos de ser verdadera. Pero si se dijese: «Scipión morirá de noche, en su alcoba, de muerte violenta,» habríase dicho verdad, porque se afirmaría una cosa que había de suceder, siendo prueba de que había de suceder el hecho de que ocurrió. El aserto de que «Scipión morirá,» no era más verdadero que este otro: «Scipión morirá de tal manera.» Scipión había de morir necesariamente, y necesariamente también había de morir de tal manera; no siendo más dudoso el anuncio «Scipión será muerto,» que lo es hoy el hecho

«Scipión fué muerto.» Siendo esto así, no hay razón para que Epicuro tema el Hado, pida á sus átomos libertar el mundo, los separe de su camino, y caiga al mismo tiempo en dos dificultades inseparables: primera, la de suponer hechos sin causa, lo cual es contrario al principio de que nada se hace de la nada, defendido por él mismo y por todos los físicos; y la segunda, admitir que de dos átomos llevados al vacío, uno sigue la línea recta, y el otro se separa de ella por sí mismo. Aunque conceda Epicuro que toda proposición es verdadera ó falsa, no debe temer por esto que todo ocurra necesariamente por efecto del Hado. No por causas externas ligadas con el orden necesario de la naturaleza es verdadero lo que se enuncia de esta manera: «Carneades desciende á la Academia,» y sin embargo, no carece de causas; pero existe una diferencia entre las fortuitas que influyen en la realización de un hecho, y las eficientes que lo determinan en virtud del orden de la naturaleza. Siempre fué verdadero que «Epicuro moriría á los setenta y dos años, siendo arconte Pitharato (1);» sin embargo, no existían causas fatalmente necesarias para que así sucediese: pero habiendo ocurrido el hecho, en todo tiempo fué verdadero. Los que sostienen que lo futuro es inmutable y que lo que ha de ser no puede dejar de ser, están muy lejos de deducir como consecuencia la necesidad del Hado, sino que explican la fuerza de las palabras. Pero los que admiten una serie de causas eternamente enlazadas, despojan al hombre de su voluntad libre y lo sujetan á la necesidad del Hado. Pero basta de esto: pasemos á otras cosas.

X. Crisippo raciocina de esta manera: «Si existe algún movimiento sin causa, no puede decirse que toda

(1) Arconte, el presidente de los nueve magistrados que gobernaban el Estado de Atenas después de la muerte de su último rey Codro.

proposición, ἀξιωμα, como dicen los dialécticos, sea verdadera ó falsa. Lo que no tiene causas eficientes, no es verdadero ni falso. Pero toda proposición es verdadera ó falsa, luego no hay movimiento sin causa. Siendo esto así, todo lo que sucede es efecto de causas precedentes; y si así es, todo ocurre fatalmente. Luego todos los acontecimientos dependen del Hado. Contestaré en primer lugar, que aun cuando tuviese que negar con Epicuro que toda proposición sea verdadera ó falsa, preferiría caer en este extremo, antes que aceptar que todas las cosas se realizan por el Hado. La opinión de Epicuro puede discutirse; pero la de Crisippo es de todo punto intolerable. Así es que este filósofo emplea todos sus esfuerzos para convencer de que toda ἀξιωμα es verdadera ó falsa. De una parte Epicuro teme que, concediendo este principio, tenga que conceder también, que todo ocurre por el Hado (porque le parece que si una de las dos disyuntivas es verdadera de toda la eternidad; es por consiguiente cierta; si es cierta, es necesaria, y así queda reconocido el Hado); por otra, Crisippo se ve muy apurado si no se concede que toda proposición es verdadera ó falsa, para demostrar que el Hado lo dirige todo, y que los acontecimientos futuros están determinados en sus causas desde la eternidad. Pero Epicuro cree que escapa á la necesidad por la declinación de los átomos. Y de aquí nace un tercer movimiento que hay que añadir á los que producen la gravedad y el choque, declinación infinitamente pequeña, á la que llama ἐλάχιστον. Pero este movimiento carece de causa, y si no lo confiesa abiertamente el filósofo, en el fondo tiene que convenir en ello. Porque si un átomo se desvía, no es porque otro le haya empujado: ¿cómo podrán chocar los átomos si, según el mismo Epicuro, todos van arrastrados por la gravedad, siguiendo la línea recta y perpendicular? No solamente no chocan, sino que jamás se tocan. Así, pues, admitir los átomos y sus declinaciones, es admitir un movimiento sin causa. Epi-

curo imaginó esta declinación, porque temía que si la gravedad sola arrastraba á los átomos con movimiento natural y necesario, nada quedase libre en nosotros, moviéndose el ánimo según el impulso de los átomos. Así es que Demócrito, el inventor de los átomos, prefirió sujetarlo todo á la necesidad, á separar estos corpúsculos de sus movimientos naturales.

XI. El agudo Carneades enseñó cómo podían defender su opinión los Epicúreos, sin recurrir á esta quimérica declinación. Al decir que el ánimo puede tener algunos movimientos voluntarios, defendió mejor la doctrina epicúrea que agudiendo á esa declinación, á la que, en último extremo, no puede asignarse causa. Con esta opinión puede resistirse fácilmente á Crisippo. Se le concede que no existe movimiento sin causa; pero se niega que todo lo que ocurre debe explicarse por causas antecedentes, porque no se necesita buscar las causas de la voluntad fuera de ella. Por general abuso de lenguaje decimos, que uno quiere ó no quiere sin causa; cuando así hablamos, excluimos las causas externas y antecedentes, pero no todas las causas. Al decir que un vaso está vacío, no expresamos la misma idea que el físico que afirma no existir vacío en la naturaleza, sino que significamos que el vaso no contiene agua, ni vino, ni aceite. Así, pues, cuando decimos que el ánimo obra sin causa, entendemos sin causa externa y antecedente, pero no sin causa en absoluto. En este concepto podría decirse del átomo arrastrado por su propio peso en el vacío, que se mueve sin causa, puesto que no determina su movimiento ninguna causa externa. Mas para que los físicos no se burlen de nosotros al oírnos decir que se realiza algo sin causa, distingamos y digamos que es propio de la naturaleza misma del átomo que le arrastre su peso, siendo esta propiedad la causa de su movimiento. De la misma manera no debe buscarse causa externa al movimiento voluntario del ánimo, porque la natu-

raleza del movimiento voluntario lleva consigo que esté en nuestro poder y dependa de nosotros: no carece por consiguiente de causa, pero la causa está en su naturaleza misma. Siendo esto así, ¿no puede concederse que toda proposición es verdadera ó falsa sin admitir que todo cuanto se realiza, se realiza por el Hado?

XII. «Imposible, replica Crisippo, porque no puede realizarse ningún acontecimiento futuro sin que en el presente tenga causas por las cuales se realice alguna vez; todo acontecimiento ha de tener causas con las que se encuentra necesariamente ligado, y todo lo que es verdadero de antemano se realiza fatalmente.» La cuestión desaparecería si se te concediese que el Hado lo gobierna todo ó que puede realizarse algo sin causa. Pero esta proposición: «Scipión tomará á Numancia,» ¿no puede ser verdadera sino á condición de que desde la eternidad una serie de causas haya producido este acontecimiento? ¿habría sido falsa si se hubiese enunciado seiscientos siglos antes? Si entonces no era verdadero decir: «Scipión tomará á Numancia,» no es verdadero decir hoy, después de la ruina de aquella ciudad: «Scipión tomó á Numancia,» porque ¿acaso es posible que un hecho se realice, del cual no haya podido decirse con verdad que se realizará? Llamamos verdadero en el pasado á lo que ha sido real en determinada época; y de la misma manera llamamos verdadero al acontecimiento futuro que será real en algún tiempo. Así, pues, aunque se diga que toda proposición es verdadera ó falsa, no se deduce que tenga su origen cuanto sucede en causas eternas é inmutables, y que cada acontecimiento ocurra precisamente como debe ocurrir. Existen causas fortuitas que hacen sea verdadero lo que se dice de esta manera: «Catón vendrá al Senado,» y que no están comprendidas en la naturaleza de las cosas, ni en el orden universal. Y, sin embargo, tan inmutable es lo futuro como lo pasado, pero esta inmutabilidad no entraña

necesidad ni Hado. Necesario es confesar que si esta proposición: «Hortensio vendrá á Tuseulum,» no es verdadera, es falsa; pero los Epicúreos quieren que sea neutra, esto es, ni verdadera ni falsa, lo cual es imposible.

No nos dejaremos influir por esa perezosa razón que los filósofos llaman ἀργὸς λόγος, porque si atendiésemos á ella permaneceríamos en completa inacción. Considera cómo la presentan: «Si es tu destino curar de esa enfermedad, acudas ó no acudas al médico, curarás. Por la misma razón, si tu destino es no curar de esa enfermedad, acudas ó no acudas al médico, no curarás. Es así que lo uno ó lo otro ha de ser necesariamente; luego es inútil acudir al médico.»

XIII. Rectamente se ha llamado á este argumento inerte ó perezoso, porque en virtud de una razón misma se suprime toda acción de la vida. Sin acudir al Hado y sin quitar fuerza al argumento, se puede proponer de esta manera: «Si desde la eternidad es verdadero que has de curar de esa enfermedad, llames ó no llames al médico, curarás; y de la misma suerte, si es verdadero desde la eternidad que no curarás de esa enfermedad, llames ó no llames al médico, no curarás;» y después la consecuencia. Crisipo lo combate de este modo: Existen, dice, cosas simples y otras naturalmente conexas. Si digo: «Sócrates morirá en su día,» hablo de un hecho simple, y haga ó no haga lo que quiera Sócrates, le llegará el día de morir. Pero si se dice: «Edipo nacerá de Layo,» no puede añadirse: «Tenga ó no tenga Layo comercio con su esposa,» porque las dos cosas están necesariamente ligadas, siendo confatales, según las llama este filósofo, porque á la vez se declara que Layo tendrá comercio con su esposa y que de este comercio nacerá Edipo. Lo mismo sería si se dijera: «Milón luchará en los juegos olímpicos,» y alguno replicará: «Luégo tenga ó no tenga adversario, luchará Milón.» Este incurrirá en error: esta proposición es conexas, porque sin adversario no hay lucha. De la misma

manera se deshacen todos los sofismas de esta especie. Llamas ó no llames al médico, curarás: sofisma; porque el llamamiento del médico es lo mismo que la curación en el orden del Hado. Estas relaciones, como ya he dicho, las llama Crisippo confatales.

XIV. Carneades no aprobaba esta clase de argumentos, calificándolos de muy inconsiderados. Atacaba de otra manera, sin recurrir á ninguna sutileza, racionando de este modo: «Si todo ocurre por causas antecedentes, todos los acontecimientos están naturalmente enlazados. Si esto es así, todo lo hace la necesidad; y si así es, nada depende de nuestra libertad. Pero es indudable que hay algo en nuestro poder: es así que todo lo determinarían las causas externas, si las cosas ocurriesen por el Hado; luego no sucede por el Hado todo lo que sucede.» No es posible ceñir más el argumento. Si alguno quisiera retorcerlo y dijese: «Si todo acontecimiento futuro es verdadero desde la eternidad, de manera que ocurra ciertamente como debe ocurrir, necesario es conceder que todo lo que ocurre es resultado fatal de una serie de causas naturalmente enlazadas,» nada probaría en verdad. Profunda diferencia existe entre una serie de causas naturales que desde la eternidad hacen cierto un acontecimiento futuro, y el conocimiento fortuito que puede tenerse anticipadamente de la verdad de un hecho sin que por esto se encuentre enlazado con infinita serie de causas naturales. Por esta razón decía Carneades que ni el mismo Apolo podía predecir otros acontecimientos que aquellos cuyas causas están comprendidas en el orden de la naturaleza, debiendo ser su resultado necesario. ¿En qué señales podía haber reconocido este Dios que Marcelo, que fué cónsul tres veces, había de perecer en el mar? Este acontecimiento era verdadero desde la eternidad, pero no tenía causas eficientes. El mismo filósofo llegaba á decir que Apolo no podía conocer el pasado cuando no quedaban

huellas, y mucho menos lo futuro. Imposible es conocer lo venidero si no se conocen las causas eficientes que lo preparan. Apolo, pues, no pudo predecir el parricidio de Edipo, porque no había en la naturaleza de las cosas ninguna causa esencial en virtud de la cual hubiese necesariamente de matar á su padre: ni tampoco pudo el Dios hacer ninguna predicción de este género

XV. Así, pues, si los Estoicos, que admiten que todo sucede por el Hado, tienen que admitir, para no faltar á la lógica, los oráculos y todas las demás adivinaciones, mientras que aquellos para quienes los acontecimientos futuros son verdaderos desde la eternidad no se ven obligados á admitir tales consecuencias, evidente es que no se hallan éstos en el mismo caso que los Estoicos. Éstos se encuentran encerrados, aquéllos pueden discurrir y encontrar salida. Si conceden que nada sucede sin causa antecedente, ¿qué gana el Hado si esta causa no está enlazada con las eternas? La causa es aquella que verdaderamente produce su efecto, como la herida es de la muerte; la indigestión, de la enfermedad; el fuego, del calor. No debe entenderse como causa todo lo que precede al hecho, sino solamente lo que le precede por manera eficiente: bajar al campo no es causa de que juegue á la pelota; Hécuba no fué causa de la destrucción de Troya por haber dado á luz á París; Tindaro no es causa de la muerte de Agamenón por haber engendrado á Clitemnestra. De otra manera, el viajero bien vestido sería causa de que le despojase el ladrón. A este orden de ideas pertenecen aquellos versos de Ennio:

«¡Ojalá que sobre el monte Pelión no hubiese derribado jamás el hacha el pino navegador!»

Pudo remontar más y decir: ¡Ojalá no hubiesen nacido jamás árboles en el monte Pelión! Y más todavía: ¡Ojalá no hubiese existido nunca el monte Pelión! Y de esta manera podía ir subiendo hasta lo infinito.

«Y que la primera nave salida de sus bosques no hubiese surcado jamás los mares...»

¿A qué recordar estas cosas pasadas? porque siguen aquellas otras:

«Sin ellas, Medea, mi triste dueña, no hubiese huído de la casa paterna, contristado el ánimo y herida por cruel amor.»

Pero no eran éstas las causas de aquel amor.

XVI. Los partidarios de Diodoro dicen que debe distinguirse entre aquello sin lo cual no puede existir un hecho y aquello otro que produce necesariamente la existencia del hecho. No puede llamarse causa lo que no produce por virtud propia el efecto de que se considera causa, ni por consiguiente puede llamarse de esta manera lo que solamente es condición de la existencia del hecho, y sí á aquello que produce por necesidad el hecho de que es causa. Antes de que mordiese la serpiente á Filoctetes, ¿qué causa existía en el orden de la naturaleza para que se le abandonase en Lemnos? Pero después de la mordedura su abandono tuvo causa inmediata y muy enlazada con el hecho. La naturaleza del hecho nos descubre la causa. Sin embargo, desde la eternidad es verdadera esta proposición: «Filoctetes será abandonado en una isla,» y siempre fué imposible que de verdadera se trocase en falsa. Porque es necesario que entre dos términos contrarios (llamo aquí contrarios dos términos de los que uno afirma lo que el otro niega), es necesario, repito, á pesar de la opinión de Epicuro, que de dos términos contrarios, el uno sea verdadero y el otro falso; así, pues, desde la eternidad era verdadera esta proposición: «Filoctetes sanará;» y era falsa esta otra: «No sanará.» A no ser que queramos seguir la opinión de los Epicúreos, que sostienen que tales proposiciones no son verdaderas ni falsas; á pesar de que, avergonzándose, llegan á decir lo que avergüenza más, esto es, que oponiendo dos términos contra-

dictorios, necesario es convenir en que uno de ellos es verdadero; pero que considerándolos aisladamente, ninguno de los dos es verdadero. ¡Oh admirable atrevimiento y miserable ignorancia en discurrir! Si una proposición no es verdadera ni falsa, ciertamente no es verdadera. Y lo que no es verdadero, ¿qué otra cosa puede ser sino falso? Y lo que no es falso, ¿qué otra cosa puede ser sino verdadero? Queda, pues, en pie la doctrina de Crisippo, que toda proposición es verdadera ó falsa, y debe deducirse que ciertas cosas son verdaderas desde la eternidad, sin estar enlazadas con las causas eternas, ni sujetas á la necesidad del Hado.

XVII. Paréceme que de las dos doctrinas opuestas de los filósofos antiguos, una que asienta que todo lo hace por el Hado, estableciendo por consiguiente el imperio de la necesidad, opinión que siguieron Demócrito, Heráclito, Empedocles y Aristóteles, y la otra que exime de esta necesidad los movimientos voluntarios del ánimo, Crisippo, como árbitro componedor, quiso partir por mitad la diferencia, si bien inclinándose á los que libertan los movimientos de los lazos de la necesidad. Pero enredándose en su propio lenguaje, en tales dificultades cayó, que á pesar suyo confesó la necesidad del Hado. Elijamos, para convencernos de esto, una de las primeras cuestiones que hemos tratado: la del consentimiento. Los antiguos filósofos que admitían la universalidad del Hado, decían que el consentimiento era necesario y forzoso. Los que sostenían la opinión contraria negaban el imperio del Hado sobre el consentimiento, y pretendían que si sujetaban al Hado el consentimiento, se le hacía inevitablemente necesario; y de esta manera discurrían:—Si todo se hace por el Hado, todo se hace por causa antecedente; si nuestro propio impulso se encuentra en esta condición, todo lo que viene detrás de nuestro propio impulso lo está de igual manera; luego también el consentimiento. Pero si la causa de nues-

tro propio impulso no está en nosotros, tampoco lo está nuestro impulso. Siendo esto así, nada de lo que sigue al impulso depende de nosotros. Luego ni nuestro consentimiento ni nuestras acciones están en nuestro poder. De lo que se deduce que ni las alabanzas son justas, ni las censuras, ni los honores, ni los castigos.—Como todo esto es absurdo, consideran que pueden deducir como probable que no todo lo que se realiza depende del Hado.

XVIII. Crisippo, que rechaza la necesidad y quiere que no ocurra nada sin causas anteriores, distingue entre éstas para huir la necesidad y conservar el Hado. «De las causas, dice, unas son perfectas y principales, otras auxiliares y próximas. Por esta razón, cuando digo que todo ocurre por causas anteriores, no entiendo que sean causas perfectas y principales, y sí solamente auxiliares y próximas.» Al argumento que expuso poco antes, contesta de esta suerte: «Si todo se hace por el Hado, dedúcese que todo se hace en virtud de causas antecedentes, pero no que éstas causas sean principales y perfectas, bastando que sean auxiliares y próximas. De que estas causas no se encuentren en nuestro poder, no se deduce que tampoco lo estén nuestros impulsos. Esta deducción solamente tendría fuerza si dijésemos que todo se hace por causas perfectas y principales, porque no estando estas causas en nuestro poder tampoco lo estarían nuestros impulsos.» Así, pues, el argumento solamente tiene fuerza contra aquellos que admiten á la vez el Hado y la eficacia necesaria de las causas; pero nada prueba contra aquellos que, admitiendo las causas antecedentes, no las declaran principales ni perfectas. La dificultad que resulta cuando se enlaza el consentimiento con causas anteriores, cree que se resuelve fácilmente. Porque si bien no puede existir consentimiento ni percepción que nos conmueva, sin embargo (dice Crisippo), la percepción solamente es causa próxima y no principal del consentimiento, que se encuen-

tra entonces en la condición de que ya hemos hablado: no puede producirse sino por excitación de fuerza extraña (porque no hay consentimiento sin percepción), pero se produce como se mueve un cilindro ó una peonza, su comparación familiar, que no pueden girar si no se les impulsa, pero que una vez lanzados, tanto el cilindro como la peonza, continúan girando por su propio impulso.

XIX. Así como el que agita el cilindro le da el principio del movimiento, pero no su propia volubilidad, así también, según este filósofo, el objeto de la percepción imprime y graba en cierta manera su imagen en nuestro ánimo, pero el consentimiento queda en nuestro poder; nuestra voluntad recibe, como el cilindro, un impulso externo, pero en virtud de su propia naturaleza y espontáneamente sigue el impulso. Si ocurriese algún hecho sin causa antecedente, sería falso que todo lo ordena el Hado; pero si es razonable conceder que todo hecho tiene causa que le precede, ¿cómo rechazar la deducción de que todo se hace por el Hado? con tal, sin embargo, de no olvidar nunca la distinción establecida entre las causas. Esta es la explicación de Crisippo, siendo diferente la doctrina de aquellos que sostienen que el Hado no determina nuestro consentimiento, y niegan al mismo tiempo que no pueda producirse sino provocado por causa exterior; mas los que conceden que lo provoca siempre la percepción, y quieren sin embargo sustraerle al Hado, parecen que dicen lo mismo que Crisippo. Concediendo éste que la causa próxima y determinante del consentimiento estriba en la percepción, no conviene en que sea la causa necesaria; y cuando pretende que todo se hace por el Hado, no concede que ocurra todo por causas antecedentes y necesarias: así, pues, los que de esto disienten, y sin admitir el Hado conceden que no hay consentimiento sino mediante percepción anterior, convendrán sin dificultad en que si se entiende por Hado solamente la preexistencia de una causa como condición

indispensable del hecho, el Hado lo hace todo: de esto resulta claramente que las dos opiniones, cuando se explican, llevan á iguales consecuencias, diferenciándose en palabras más que en pensamiento. Toda la cuestión se resume así: existe, en primer lugar, distinción entre las causas, y en algunos casos puede decirse que las causas antecedentes no dejan nada en nuestro poder y producen necesariamente sus efectos; mientras que en otros, á pesar de la influencia de las causas externas, queda en nuestro poder seguir la dirección que nos plazca. Esta distinción la aceptan todos; pero los unos creen que todo lo que se realiza en nosotros, en virtud de causas antecedentes y sin que podamos cambiar nada, es obra del Hado, mientras que aquello que está en nuestro poder escapa al Hado..

XX. De esta manera debe resolverse la dificultad, sin acudir al auxilio de átomos errantes y separados de su dirección. Declina el átomo, dice Epicuro. En primer lugar, ¿por qué? Tienen cierta fuerza de impulsión, según Demócrito, á la que llama en griego *plaga*, y tú, Epicuro, gravedad, peso. ¿Cuál es, pues, la nueva causa natural que imprime á los átomos movimiento de declinación? ¿Acaso se sortean para declinar unos y no declinar otros? ¿Por qué declinan tan poco y no más? ¿Y por qué un grado de declinación y no dos ó tres? Esto es cortar la cuestión y no discutirla; porque no explicas la declinación del átomo, ni por impulso que reciba del exterior, ni por la influencia que en él ejerza el vacío en cuya inmensidad va arrastrado, ni por cambio ocurrido en el mismo átomo que le separe de su dirección primera. No da razón ninguna de este cambio, y sin embargo cree que ha dicho algo importante al exponer esta invención, que desprecia y rechaza el sentido común. Paréceme que el Hado, ó mejor aún la necesidad y fuerza irresistible de las cosas que destruyen los movimientos voluntarios del ánimo, no tienen mejor defensor que este filósofo que muestra no haber podido escapar á la

fatalidad sino recurriendo á tan quimérica declinación. Aunque concediese que existen átomos, lo cual no se me podrá demostrar jamás, no por ello se explicarán tales declinaciones. Porque si los átomos son arrastrados por su gravedad, se mueven por necesidad, porque es ley indeclinable que todo lo que es pesado se mueva y caiga cuando no lo impide algún obstáculo: indispensable es también que algunos átomos, ó todos, si quieren, declinen naturalmente.

(Falta una parte considerable.)

FIN.

U.N.A.M.
MARIO DE LA CUEVA